

gundo; barajar como naipes las edades; y, sin movernos, correr de lo pasado a lo futuro y contemplar, principio y fin, torbellino de la vida, siempre girando en su vórtice: el dolor. Transcurre escasamente una hora. Y el ordenanza —él, partidario de Félix Díaz, también emocionado,—anuncian que guardan en el salón la señora Madero y su cuñada la señorita Mercedes. Un mes antes, el mismo ordenanza anunciaba, con distinta emoción, a la "señora del Presidente de la República", radiante de felicidad, que honraba, en amable visita, a sus señores, bajo las armas de Cuba. Hecha al gran papel, nacida para el destino de las cumbres, traje, modales y gesto eran adecuados a la altura de su esposo y a la suprema dignidad presidencial. Una semana, y los señores corresponden a la ilustre dama la visita; y firme, recto, espera en el pescante, a las faldas del Castillo de Chapultepec, el ordenanza, orgulloso paje. En ese Castillo, forjó su Imperio de utopías el flaco Maximiliano; recogió sus laureles don Benito Juárez; creó el Sultanato don Porfirio y ensayó la Democracia Madero. Las águilas de un tallado, recuerdan el orgullo de Carlota; y la vista de las colinas a Carmelita. Canta y seduce con sus trinos la hermana menor del Presidente, delgada como una pluma, y conversa con Madero el recio Embajador, arqueadas las cejas y encarnadas las mejillas del yanqui. La señora del Presidente, a un lado la del Ministro de Cuba, al otro la del Encargado de Negocios de Francia, reúne su corte de hadas que admira su delicado encanto, su dulce atractivo, y en aquella afable armonía de luces, himnos, perfumes y colores, ¿quién ha de sospechar que es la despedida a las puertas de la muerte? Abajo, uno a uno, se llevan los coches a la regocijada concurrencia; y al subir al suyo el Ministro de Cuba y su señora, saluda un personaje, a la izquierda del torvo centinela; don Gustavo Madero, próximo a perecer. Mutación del escenario, invento de Shakespeare. La esposa regresa viuda, y en vez de la gracia "regia" lleva un manto negro y arrasados de lágrimas los ojos. No puede explicar lo que le pa-

sa; y es tal su angustia, y tan extraordinario el espanto de su alma, que habla y luego calla y se estremece. Nos mira y tiembla, con temblor de todo su cuerpo, y tan intenso que sacude los cristales y el mobiliario y los adornos de las paredes. Es el pesar que la levanta en un suspiro y la deja caer en un lamento; y llora entonces tierna, como ahogados en el llanto sus sentidos; y cubre con el húmedo pañuelo su rostro desencajado; y sólo una queja, una orden, una súplica. "Quiero ver a mi marido, que me entreguen su cadáver; quiero llevarlo a su tierra de San Pedro, donde nadie lo traicionaba, y darle sepultura con mis propias manos y vivir sola, junto a su tumba..." La señora del ministro le prodiga sus cuidados y procura apaciguar la excitación de sus nervios. "Inmensa es la desventura que la arrebató, señora; pero es también inmensa la resignación cristiana y eterna la misericordia del cielo".

—Hemos ido a la Penitenciaría —exclama la Srta. Mercedes entre gemidos— y la guardia nos prohibió la entrada. Enseguida acudimos a Blanquet; y penetramos a su despacho. ¡Oh, qué diferencia! Hace dos semanas inos habría recibido de rodillas! No se atrevió a negarnos el permiso escrito; pero de vuelta en la penitenciaría, la soldadesca arrebató el papel y nos rechaza. "¡Asesinos! ¡Traidores!" fué el grito que se escapó de mi garganta.... ¡Sí, asesinos, traidores, miserables!...

—Necesito ver el cadáver de mi marido,—i: terrumpe la viuda, caminando de un extremo a otro de la sala —contemplar su rostro; persuadirme, así, de que es a él a quien "sus protegidos" han asesinado... Yo quiero su cadáver, es mío, me pertenece, nadie puede osar disputármelo....

Y en tono de súplica, anegada de nuevo en llanto, añade:

—Ministro, pídale usted ahora mismo, sin pérdida de tiempo....

EL MINISTRO:—En estas circunstancias, en medio

del incendio, la única influencia positiva la tiene el embajador....

LA SRA. MADERO:—No, no....del Embajador no quiero nada, no me nombre usted al embajador....él es culpable, lo mismo que los otros....

Al cabo, cede. Ella quiere ver a su marido; quiere verlo de todos modos!... "Bueno, Ministro, sí, el Embajador....pero usted, no yo....usted...."

Y esta es la carta que en el acto remitimos a Mr. Wilson:

"Legación de la República de Cuba.—México, Febrero 23 de 1913.—Mi querido señor Embajador: La desdichada viuda del Sr. Madero se encuentra en la Legación de Cuba en los actuales tristísimos instantes; y me refiere que estuvo a solicitar del General Blanquet una orden para entrar en la Penitenciaría a ver el cadáver de su infortunado esposo; el general le dió la orden escrita, pero en la Penitenciaría no la respetaron, le arrebataron de la mano el papel y tuvo que retirarse. La Sra. Madero quiere, de cualquier modo, que le entreguen el cadáver de su marido para ella darle cristiana sepultura; y yo le ruego a V. E., Sr. Embajador, en nombre de la piedad que la desventura y el dolor inmenso inspiran, y por la nobleza y generosidad del carácter de V. E., que interponga su influencia para que la señora Madero sea complacida. Sólo V. E.; podría conseguirlo.

Lo saluda con su distinguida consideración, afectuosamente, S. S. y amigo,

M. MÁRQUEZ STERLING.

A su Excelencia el Sr. Henry Lane Wilson, Embajador de los Estados Unidos de América".

Jamás dejaron de ser cordiales y amistosas mis relaciones con Mr. Wilson, aunque, sin motivo, y no en México sino en la Habana, afirmara lo contrario la sus-

picacia reporteril. No es propio del resorte diplomático el romper lanzas a porfía, ni fácil, entre representantes extranjeros, el chocar; Ministros de la Paz, Ministros de la Civilización se unen, a través de la tormenta, para altos fines humanitarios. Por eso, el Cuerpo Diplomático sólo acuerda medidas de concordia, medidas previsoras que eviten catástrofes; y no impone votaciones por mayoría, ni se rige por otro designio que el unánime y fraternal, bajo el Código de la etiqueta severa y la impecable cortesía. Cada Ministro, independientemente, se conduce según las instrucciones de su Gobierno y en provecho de intereses nacionales que no preocupan a sus colegas.

Mr. Wilson respondió en seguida a nuestra carta:

"Embajada de los Estados Unidos de América.—México, Febrero 23 de 1913.—Mi querido colega: Acabo de recibir su nota relativa a que las personas encargadas de custodiar el cuerpo del extinto Presidente, rehusaron que su viuda pasara a verlo. Casualmente, el señor de la Barra estaba en la Embajada cuando llegó su citada nota y atendiendo a mi súplica salió a ver personalmente al Presidente de la República, para procurar no tan solo la orden necesaria sino para interponer su influencia con este fin.

Ruego a su Excelencia me haga el favor de expresar a la señora Madero mi profunda simpatía y la de mi señora esposa, por ella y su familia, y decirle que en éstos momentos difíciles deseo ayudarla en todo cuanto me sea posible, y que puede dirigirse a mí para todo cuanto guste.

Soy, mi querido Señor Ministro, sinceramente suyo,

HENRY LANE WILSON.

A su Excelencia el Sr. Manuel Márquez Sterling, Ministro de Cuba".

¿Sorprendió al equivocado embajador la muerte de Madero y Pino Suárez? ¿Sinceramente había confiado

en la pérfida palabra del general Huerta? El señor de la Barra, ministro de relaciones exteriores explica el trance: la imprudencia de fingidos conjurados, que pretenden rescatar a los prisioneros, disfraza el horror de la Ley Fuga. Y Mr. Wilson acepta la explicación. ¿Pueden volverse del revés los hechos consumados; nos es dable embadurnar a capricho la fea cara de la ensangrentada realidad? El diplomático, a guisa de Mr. Wilson, ha de ser, ante todo, espíritu limpio de todo romanticismo, corazón helado, talento práctico, olfato experto en olores de conveniencia. El dictamen del yanqui era este: Madero preso. Huerta se desliza y dispone estotro: Madero muerto. ¿Hay derecho a increpar al filósofo en la persona del inmune embajador? Audacia la de Huerta, beber champaña a las ocho, en la embajada, en homenaje al natalicio de Jorge Washington, y a las once hartarse de la sangre de Madero y Pino Suárez, mas, no perturba la coincidencia al diplomático, ni piensa, con ingenio de poeta, que la sangre de Madero y Pino Suárez ha salpicado una fecha de Jorge Washington; ni se le ocurre cómo la espuma del champaña destapado en honor de Jorge Washinton, riega el cuerpo yerto de Pino Suárez y el cadáver aún caliente de Madero.... Sin embargo, la figura de un completo embajador exige, en los entreactos, alguna pincelada generosa; Mr. Wilson reflexiona; y brinda, a la viuda de Madero, la estrecha válvula del sentimiento. Pero, sus oficios no producen benéfico resultado; ni se conservan datos de la mediación del ministro de la Barra, atento a no provocar, en contra suya la cólera del Dictador.

A las dos de la tarde, no obstante, podría visitar la viuda el cadáver de su marido, a condición de ir sola; y aunque se opuso a ello el hermano de la desgraciada señora, y no se efectuó la visita, el alcance de un periódico, pasados quince minutos de las dos, daba cuenta al país del suicidio de la viuda sobre el esposo muerto.

Circuló el cable, por todas las cancillerías del mun-

do, una larga "nota" diplomática del señor de la Barra explicando, en forma de novela, el sensacional acontecimiento, novela concebida a los efectos de la exportación. En México, donde la Ley Fuga ha sido muchas veces aplicada, y tiene su capítulo en la Historia, nadie admitió, partidario o enemigo del Gobierno, la fábula oficial. Unos, jactábanse de la medida; otros, por decoro, osaban justificarla; corrían de labio en labio, del café al aristocrático salón, del club a la obscura sacristía, detalles de crueldad inverosímil; y tenían las gentes por cosa indiscutible que, apuñaleadas las víctimas en Palacio, condujeron los verdugos en automóvil a la Penitenciaría los cadáveres mutilados. El testimonio del general Angeles, me permite asegurar que en este punto se equivocaban.

.... Aquella tarde instalaron las guardias, en la prisión, tres catres de campaña, con sus colchones, prenda engañosa de una larga permanencia en el lugar. Sabía ya Madero el martirio de Gustavo, y en silencio ahogaba su dolor. A las diez de la noche se acostaron los prisioneros: a la izquierda del centinela, Angeles; Pino Suárez, al frente; a la derecha, Madero.

—“Don Pancho” —refiere Angeles — se envolvió en la frazada, ocultando la cabeza. Apagáronse las luces. Y yo creo que lloraba por Gustavo.

Transcurrieron veinte minutos y de improviso iluminóse la habitación. Un oficial, llamado Chicarro, penetró seguido del Mayor Cárdenas.

—Señores, levántense— dijo Chicarro.

Angeles alarmado, preguntó:

—Y esto ¿qué es? A dónde nos piensan llevar?

Chicarro entregaría los presos a Cárdenas; y ambos esquivaron el contestar. Pero Angeles, insistió con tono imperativo de general a subalterno:

—Vamos, digan ustedes ¿qué es esto?

—Los llevaremos fuera.... —balbuceó Chicarro.

—A la Penitenciaría.... A ellos, a usted no, general....

—Entonces ¿van a dormir allá?

Cárdenas movió la cabeza afirmativamente.

—¿Y cómo no se ha ordenado antes que trasladen la ropa y las camas?

Los oficiales procuraban evadir las respuestas. Al fin, Cárdenas gruñó:

—Mandaremos a buscarlas después....

Pino Suárez, se vestía con ligereza. Madero, incorporándose violentamente, preguntó:

—¿Por qué no me avisaron antes?

—La frazada había revuelto los cabellos y la negra barba de don Pancho—añade Angeles— y su fisonomía me pareció alterada. Observé las huellas de sus lágrimas en el rostro. Pero, en el acto, recobró su habitual aspecto, resignado a la suerte que le tocara, insuperables el valor y la entereza de su alma. Pino Suárez pasó al cuarto de la guardia, donde los soldados le registraron a ver si portaba armas. Quiso regresar y el centinela se lo impidió: "Atrás...." Don Pancho, sentado en su catre, cambió conmigo sus últimas palabras....

ANGELES (a los oficiales):—¿Voy yo también?

CÁRDENAS:—No, general; usted se queda aquí. Es la orden que tenemos.

El Presidente abrazó a su fiel amigo.

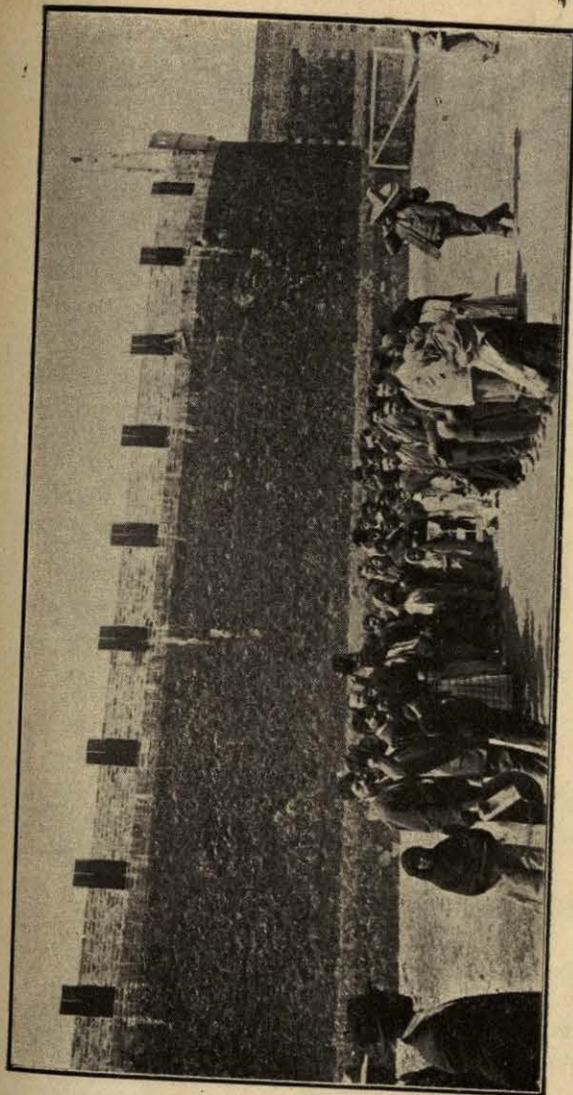
Y cuando los dos apóstoles salían al patio del Palacio, Pino Suárez advirtió que no se había despedido de Angeles. Y desde lejos, agitando la mano sobre la indiferente soldadesca, grito:

—Adiós, mi general....

Dos automóviles los llevaron por camino extraviado.

En la Penitenciaría—dice Angeles— algunos presos, de quienes a poco fui compañero, escucharon doce o catorce balazos, disparados uno tras otro, poco a poco....

¿Quién presenció el espantoso crimen? ¿Quién puede referir, instante por instante, la inicua felonía?



Sitio en que asesinaron a
Madero y Pino Suárez.

Esta carta, que más tarde un desconocido entregó al portero de la Legación de Cuba, acaso contribuya a descubrir el secreto:

"A su Exlncia. el Sr. Ministro de Cuba como embajador de nuestro Gobierno en México.

Sr. Ministro.

Todo un pueblo rechasa indignado la mancha que se le quiere arrojar de asesino pues nunca como ahora ha dado pruebas de cordura y sibilización más para las naciones extranjeras conoscan como fué el asesinato del Sr. Presidente Madero y para que la historia no quede ignorante voy a consignar los siguientes datos del asesinato que ha sido el mismo Gobierno, pues bien el Sr. Madero fué sacado de Palacio y llevado a la Escuela de Tiro y de allí fué arrastrado en compañía del señor Pino Suárez y enseguida pasados a balloneta y después se les hicieron disparos para simular el atentado de asalto pasando todo esto tras de la Penitenciaría donde el público puede conbencerse de los acontecimientos se desarrollaron pues la renuncia fué falsa pues digno era de un Presidente entregar el poder quien no se lo había entregado supuesto que el pueblo lo nombro el primer Magistrado de la Nación y en nombre de todos los hijos de México le suplicamos ponga toda su influencia para bien de todos los hijos del suelo mexicano.

LOS HIJOS DE MÉXICO".

¿Presenció la matanza el autor de esas mal escritas líneas? ¿Es la palabra de un testigo que vió el crimen desde la sombra, un obrero, un gendarme, un vendedor ambulante, o es quizá uno de los soldados de Cárdenas que descarga su conciencia?

En el pueblo mexicano existe la errada creencia de que Madero no renunció a la Presidencia de la República

y en esta sospecha se reafirma el autor del anónimo al ver arrastrados a Madero y Pino Suárez de la Escuela de Tiro a la Penitenciaría, que es, al cabo, la más lógica de todas las versiones. Pino Suárez, al decir de los que lograron observar su cadáver, estaba horriblemente desfigurado. La mortaja solo dejaba descubierta la esclarecida frente de Madero. Y aquellos disparos, uno a uno, que contaron los presos de la Penitenciaría, ¿no son los que simularon el asalto a que alude el singular anónimo?

M. MÁRQUEZ STERLING,

Ex-ministro de Cuba en México.

Pocas palabras bastan para enseñar la verdad. Las frases sonoras y los largos discursos sólo sirven para propagar el error.

El Ministro de Cuba ha sido el primero en cincelar la estatua del Gran Mártir. Unico testigo de aquellos trágicos momentos, tocaba a un extranjero recién llegado, desprendido por ende de toda sugestión, de toda simpatía, tocaba al noble enviado de un país amigo trazar los primeros rasgos del más grande de los mexicanos, presentándolo al mundo en toda su apostólica sencillez, acompañado de la inquebrantable y caballeresca lealtad de Pino Suárez en la sombra profética de un fin trágico.

El conmovedor relato del Sr. Márquez Sterling es el primer paso hacia la reparación, hacia la glorificación de aquellos dos justos que se preparaban a morir simplemente, sin vano gesto, con la mansedumbre inefable de los verdaderamente buenos. Una sola protesta, apenas delineada por Pino Suárez: "¿qué les he hecho para que intenten matarme? La política sólo me ha proporcionado angustias, dolores, decepciones. Y créame Ud. que sólo he querido hacer el bien. La política al uso es odio, intriga, falsía, lucro. Podemos decir por tanto, el Sr. Madero y yo, que no hemos hecho política para los que así la practican. Respetar la vida y el sentir de los ciudadanos, cumplir las leyes y exaltar la democracia en bancarrota, ¿es justo que conciten enemiga tan ciega, y que, por eso, lleven al caldoso a dos hombres honrados que no odiaron, que no intriguaron, que no engañaron, que no lucraron? ¿Es acaso que el